

nuevas interpretaciones. De esta forma nos pone a la mano, en un solo texto y disco compacto, todo lo editado en el paso de estos años, en distintos medios y diferentes países; artículos, capítulos de libros, o introducciones aparecen a lo largo de los tres apartados: educación, familia y vida cotidiana. Aunque a veces la división temática no puede aparecer claramente definida, pues al hablar de matrimonio o vida cotidiana se tocan formas o sistemas de educación y viceversa.

Asimismo, al final del libro viene una lista de todos los libros publicados por ella; o bien los que ha coordinado sola o conjuntamente. De esta forma obtenemos un conocimiento global de su producción en estos tres ámbitos de investigación. Resultando una publicación muy peculiar en la obra de un autor. Es una novedosa y útil idea porque permite seguir a lo largo de su lectura todo el entramado que ha ido construyendo en estos años de investigación acerca de estas tres temáticas generales; los diferentes procesos, actores, sujetos y prácticas, con la ventaja de encontrarlos reunidos en un solo texto y disco compacto.

Pilar Gonzalbo ha sido una de las historiadoras mexicanas pioneras en estos tres campos, pero su interés ha predominado en el estudio de la etapa virreinal; tal vez su origen español la inclinó a su estudio, con el deseo de entender un mutuo pasado reunido en el proceso de construcción de la Nueva España.

Si bien, ello nos podría hacer pensar que primó en ella el entusiasmo por la cultura hispánica, al contrario, nos encontramos con una historiadora muy crítica y a veces irónica y mordaz, con duras reflexiones sobre lo que significó el dominio de la cultura europea-española sobre la autóctona indígena, sus formas de imposición y adaptación. Aunada a una elegante y emotiva prosa.

Pilar Gonzalbo retoma el interés historiográfico por rescatar las voces anónimas, las de la gente común o clases subalternas, como también se les denominaba; bajo el esquema de la historia cultural en la sociedad virreinal, convergente en la formación de la identidad mexicana.

GONZALBO AIZPURU, Pilar: *Educación, familia y vida cotidiana en México virreinal*, México, El Colegio de México, 2013, 168 pp. + 1 CD-ROM.

Española de nacimiento, mexicana por naturalización, Pilar Gonzalbo ha dedicado su vida académica a la historia de la educación, la familia y la vida cotidiana en el México virreinal. En este libro y CD-ROM hace gala de sus estudios a través de las publicaciones realizadas en el transcurso de tres décadas (1982-2010), logrando relacionar recientes investigaciones con las más antiguas y de esta forma conseguir

Donde lo privado y lo público concurren en el entendimiento de esa sociedad novohispana.

En la «Introducción» nos proporciona una clara interpretación general de sus temas, con reflexiones vastas y concretas, sugerentes e indecisas sobre sus propias preocupaciones, y nos confiesa en un auténtico sentir académico como aún tiene preguntas por resolver.

A través de los años ha logrado penetrar con profundidad en los temas, obteniendo un extenso conocimiento sobre la época, el contexto y los temas. Se aprecian múltiples lecturas y extensas investigaciones que la han conducido por otras explicaciones, con nuevos matices, contrastes, coherencias y divergencias, todo ello con la finalidad de entender mejor el desarrollo de la sociedad novohispana en estos tres campos.

Empieza con los temas sobre educación, porque este fue el principal medio de aculturización en el encuentro entre los dos mundos, en la tarea de conformar los procesos que compondrían la nueva sociedad novohispana. En primer lugar enfatiza los nexos entre evangelización y educación dentro de un proceso de integración cultural permanente.

Ha detectado algunos errores de aproximación sobre el tema de la educación novohispana, que ahora identifica y muestra claramente con una nueva revalorización bajo el esquema de la historia cultural. Contempla las problemáticas, pero también las peculiaridades, cuando nos dice: «Hubo damas de alcurnia que no supieron leer y mulatos maestros de escuela, indios graduados en la Universidad y ricos propietarios españoles que apenas sabían firmar» (47). Señala como la educación fue la vía por la cual se prepararon las condiciones de sometimiento y los procesos de aculturización, en un principio a través de la evangelización. En la instalación de los primeros colegios para los indios, nos comenta como muy pronto el conquistador percibió la capacidad y talento del indígena y cambió su táctica, ante el temor de preparar al grupo que pretendía fácilmente dominar.

Maneja varias etapas en el proceso educativo. En la primera, durante el siglo XVI, se tuvo el objetivo básico de cristianizar, fue cuando se produjo el cambio más profundo, y se realizó el proceso más difícil de integración cultural, en un intercambio de valores, donde los de la cultura indígena fueron hábilmente incorporados por el evangelizador en un proceso sincrético, que logró acercar a la cultura indígena a la europea-española, con el aprovechamiento también de sus habilidades y talentos, así fue como surgieron fiestas y eventos culturales donde la separación entre lo cristiano y la tradición religiosa indígena llegó a ser imperceptible por sus facetas de continuidad idolátrica; no obstante fueron permitidas por ser elementos fáciles de comprensión del grupo indígena sobre la nueva religión.

Hay en el libro y CD-rom una serie de aportaciones muy interesantes sobre la historia del libro y la lectura en la Nueva España, varios artículos se dedican al tema. A través de la revisión de inventarios, protocolos, testamentos e índices logró identificar las principales publicaciones y sus diferentes ediciones. En educación básicamente los catecismos, de ellos menciona un simpático título: *Camino del cielo en lengua mexicana*, de fray Martín de León de la orden de predicadores (49) y por supuesto menciona los bellos catecismos ilustrados a la manera de códices, de los cuales se conservan varios¹. Estos fueron los textos donde se hicieron las adaptaciones doctrinales, como evitar la desnudez, o la antropofagia, entre las principales, obviamente con la promesa del cielo para todos aquellos que cumplieran con la doctrina, de estos menciona el que redactó en las Antillas el dominico fray Pedro de Córdoba.

Así fue como la letra impresa también sirvió de vehículo de adoctrinamiento y culturización. En la enseñanza de la lecto-escritura y la lectura también nos descubre nuevas fuentes y datos, como el hecho de

¹ Por cierto, la colección de Manuales Escolares del Centro Internacional de Cultura Escolar (CEINCE) de Agustín Escolano contiene uno.

que tanto indios, como negros y mulatos fueron los maestros de las escuelas de primeras letras, casos más relevantes nos revela cuando refiere un documento que indicaba: «Hay infinitos esclavos en este reino que saben leer y escribir» (54).

Pero no sólo se imprimieron y distribuyeron libros religiosos, librerías y tratados místicos y ascéticos, también hubo novelas y comedias con tendencia a lo profano, aunque ya a partir del siglo XVII, y sugiere que muchas veces eran más leídas que los otros libros. Para finales del periodo virreinal encontró los libros que moverían el pensamiento libertario, los anticlericales y antimonárquicos prohibidos por el Santo Oficio, que llegaban furtivamente desde Francia. Gracias a las fuentes revisadas llega a un aproximamiento del tipo de lectura en la Nueva España. No obstante la mayoría de la población permaneció analfabeta y sólo el nivel más alto de la sociedad tuvo normalmente acceso a la educación, en especial la superior en la Universidad, de esta menciona que era el «reducto de la tradición al encerrarse en reglamentos inamovibles» (65).

Nos narra los usos y abusos del grupo conquistador, tales como: la encomienda, el repartimiento y las congregaciones de pueblos entre las principales; todas ellas formas de reacondicionamiento sociocultural, con el bautizo como la puerta de entrada al mundo cristiano y por ende a la nueva sociedad. Las primeras instituciones educativas, escuelas e internados nacidos con un propósito humanista y muy pronto frustradas sus acciones, ante el temor de la inteligencia descubierta en aquellos que se pretendía dominar. Otro de los impedimentos fue el propio rechazo de los indígenas al sacerdocio, ante el celibato que se les imponía forzoso (29).

Uno de los ejes predominantes a lo largo de todo el libro es la *paideia* cristiana, título del primer capítulo, «*Paideia* cristiana o educación elitista», como el ideal de cristianizar, en la búsqueda de la perfección como la única forma de acceder a Dios, forma insoslayable de transmisión cultural del modelo importado, que a lo largo de tres siglos se movió entre humanismo y

milenarismo en contraste con el desarrollo imperialista de los conquistadores.

Pilar Gonzalbo está siempre al lado del grupo indígena, como aquellos primeros misioneros, o como pretendían los reyes españoles proteger a la raza vencida y dominada; plantea con dramatismo los aspectos de una sociedad sufrida, doblegada y sometida al juicio y ambición del conquistador.

En especial dedica espacios al papel de los jesuitas en este proceso educativo, si bien, en una primera instancia, sólo para los grupos urbanos de buena posición económica, principalmente los criollos. Narra como los jesuitas fueron los rectores de la vida intelectual y literaria en las ciudades donde se establecieron colegios. Imprimían sus propios libros, así podían expurgarlos de ideas contaminantes. Establecieron ceremonias, lustre y presencia de la Compañía, fiestas y certámenes eran oportunidades de lucimiento y decoro. Nos relata la vida estudiantil, formas y prácticas escolares en los colegios, donde se enseñaba un correcto latín con la consabida erudición clásica. Teatro, mitotes, baile y música se aprovecharon en una buena mezcla de devoción con diversión, en especial recalca las fiestas de las Reliquias en 1578. El teatro de los colegios tuvo una escenografía fastuosa creándose lucidos autos sacramentales, adonde asistía la sociedad más encumbrada, aunque también promovieron el establecimiento de escuelas de primeras letras.

Lamentablemente los colegios introducidos en la Nueva España, nos señala Gonzalbo, trataron sólo de incorporar la cultura europea en el mundo novohispano con el olvido de la realidad local; enseñanzas, libros y prácticas provenientes desde el Medievo, donde fueron los filósofos de la Antigüedad los que predominaron en el currículum, Aristóteles en especial, «el filósofo por antonomasia y santo Tomás la indiscutible autoridad en teología», con ello justificaron su dominio (38). Con pena manifiesta como el predominio de estos clásicos hizo a un lado el conocimiento de la naturaleza: «La ortodoxia sometiendo a la curiosidad científica y, en suma, la conveniencia práctica de jerarquización

social frenando los desordenados vuelos del espíritu» (41).

La pedagogía humanista de los jesuitas transportó los ideales pedagógicos renacentistas, pero siempre con diferencias y hacia un grupo privilegiado, poniendo especial énfasis en la formación de clérigos. Pero no sólo nos da pistas y conocimientos sobre el papel de los jesuitas en la educación novohispana, también proporciona interesantes datos sobre la formación escolar elemental, bajo el cuidado de los párrocos y maestros, las «amigas» y escuelas de niñas, y de estas su formación, dote y posibilidades de estudio.

Al ubicar a la familia como otro de los ejes básicos de estudio logra en varios artículos exponer el papel de la mujer en la conformación de esta sociedad, tanto la nativa como la española y criolla, proporcionándonos interesantes conclusiones que nos demuestran como la doctrina cristiana enfatizó la orientación patriarcal, sin embargo, la mujer logró tener influencia en otros terrenos, claro está principalmente en el doméstico.

«Más reprochable que el pecado era el escándalo», con esta frase nos muestra claramente la doble moral de esta sociedad, la que, a pesar de las normas de conducta religiosas, tuvo gran cantidad de relaciones espurias con altas tasas de nacimientos ilegítimos, que curiosamente convirtieron a la mujer en el elemento principal del mestizaje cultural, sobre todo en la ciudad. Con una aceptación social sorprendente, sobre todo en los siglos XVI y XVII, como las únicas formas posibles de convivencia, y de desarrollo en una sociedad que se construía por sí sola bajo ambiguas condiciones y opuesta a su realidad. Gran cantidad de mujeres permanecieron solas, madres solteras, esposas abandonadas y viudas. Muchas de ellas se convirtieron en empresarias, comerciantas, hacendadas, dueñas de obrajes y talleres, maestras y costureras. Se rompe el mito de la mujer enclaustrada en el hogar o en el convento, muchas tuvieron que sobrevivir ganando un jornal fuera del hogar. Sin haber sido señalada la autora como ardiente feminista, se percibe en sus comentarios una

posición beligerante por la mujer de esta sociedad, con una clara postura de defensa, por ello nos dice con orgullo como «ellas supieron aprovechar las oportunidades que se les ofrecían para llevar una vida digna dentro de sus limitaciones» (79).

Orden y desorden son las categorías en que se mueve esta sociedad, como correspondería a una sociedad en formación, aunadas a las grandes diferencias entre los grupos urbanos y los rurales y las consecuentes mezclas étnicas, que vivirán en permanente confrontación hasta finales del periodo virreinal cuando empieza a estabilizarse la sociedad y con ello a establecer formas de vida más permanentes.

Con el desarrollo de la sociedad colonial se enfatizan y dramatizan los acomodos de los nuevos y viejos grupos sociales. Sobre la vida cotidiana durante este periodo resulta difícil entever a través de las fuentes modos y formas de vida, sin embargo, la autora con mirada subrepticia logra descorrer varios velos de la intimidad familiar; modas, vestido, ajueres, mobiliarios, planos de viviendas nos permiten acercarnos a la vida privada de estas sociedades. Otra vez las fuentes le permiten aproximarse a estos reductos espaciales; padrones, archivos notariales, testamentos, inventarios develan costumbres, etnias, castas y mestizajes en su desarrollo y acomodo social.

Vislumbramos iglesias, claustros, comercios, tiendas y estanquillos, barberías, chocolaterías, confiterías, lecherías, o bien suntuosas casas, modestas viviendas, clásicas vecindades, cuartuchos y jacales, mercados, calles, callejones y acequias. A través de estos podemos dibujar el paisaje de la ciudad de México, la rica y populosa capital del virreinato de la Nueva España, adivinar sus olores, divisar sus colores y escuchar sus trajines y ruidos. Saber cuánto medían los solares, cuánto costaban los alquileres, cuántos hombres y mujeres vivían en los barrios, y su proporción en viviendas.

No falta la fatuidad de esta vida en la moda, la ropa y su necesaria exhibición social, así el atuendo, el peinado, las alhajas se convierten en el signo de opulencia o pobreza, en símbolos de diferenciación

social, en la identificación de una profesión. Esta sociedad dada a cubrir las apariencias da una enorme importancia a estos aspectos, al grado que los nobles caciques reclamaron su derecho a usar capa. Nos señala de forma crítica como la ropa entonces no era un producto de consumo, era una inversión que se traspasaba de generación en generación, se reparaba, se vendía o se empeñaba, constituía de esta forma una parte importante de la riqueza, por ello tenía que ser un producto duradero y nos sorprendería que en ocasiones sólo se tenía un traje; la autora menciona como se castigaba en los lavaderos públicos a las mujeres que se despojaban de su ropa para lavarla, quedándose así hasta que esta se secaba, por lo que suponemos que sólo tenían el vestido que traían puesto (143). Encontramos todo un listado de prendas y sus características, muchas de ellas hoy desaparecidas, sus precios, telas y el arreglo y confección de algunas de ellas. Las dotes fueron en este sentido una fuente muy rica, si bien no las constituían sólo los bienes de uso, también había dinero, bienes rurales, inmuebles urbanos, esclavos y menaje de casa, entre los principales.

Asombran la cantidad de fuentes que utilizó la autora, muchas de archivos, tanto mexicanos como españoles, aquí se perciben largos años de búsquedas y registros. También utiliza fuentes alternas que hoy podríamos calificar de primarias, como los textos de los cronistas, evangelizadores o bien de historiadores como Edmundo O Gorman, quien se dio a la tarea de recopilar las primeras actas de cabildo del virreinato.

Peculiar y poco trabajado es el ámbito de las emociones, Pilar Gonzalbo nos lleva a través de la lectura entre el gozo, el miedo, la tristeza y el temor, predominando estos últimos y nos dice con precisión «En tiempos pasados, como en los presentes, la dicha era silenciosa y el sufrimiento se proclamaba» (21).

Manifiesta como aún le quedan dudas y preguntas, lo que no le ha impedido llegar a claras y concretas explicaciones, las que servirán de punto de partida a futuros trabajos, así ella ha abonado abundantemente a la historiografía colonial

en un terreno poco trabajado y del cual ha sido una de sus primeras fructíferas investigadoras.

Tenemos una obra que conjunta en total mil trescientas diecinueve páginas, con ciento cuarenta y ocho en el libro y mil setenta y uno en el disco. Sobre educación presenta veinte trabajos, dos en el libro y dieciocho en el disco; sobre sociedad, familia y matrimonio veintinueve, tres en el libro y veintiséis en el disco; y sobre cultura material y vida cotidiana dieciséis, uno en el libro y quince en el disco; con un total de sesenta y seis artículos, seis en el libro y sesenta en el disco.

Pilar Gonzalbo nos proporciona una imagen distinta, abierta, real y no la mítica historia de héroes y acontecimientos. Este libro es la suma de conocimiento y experiencia, los análisis que brinda tienen la profundidad que sólo se logra después de arduos años de estudio y trabajo investigativo.

Resultaría muy interesante poder contrastar esta historia con investigaciones similares en los contextos rurales o poblaciones de diferentes condiciones, el norte, el sur, las pequeñas o grandes capitales del virreinato, tanto el novohispano como en el resto de Hispanoamérica; en un esfuerzo de historia comparada se podrían apreciar seguramente muchas similitudes e importantes diferencias. Pilar Gonzalbo proporciona un escenario rico en imágenes digno de contrastar, esperamos a futuro los estudios que conformen el cuadro completo de la sociedad virreinal, en sus ámbitos de educación, familia y vida cotidiana. Ella ha mostrado el camino; esperamos que los jóvenes sigan su huella.

Hacer historia siempre es un desafío y un encuentro a contracorriente entre el pensamiento y el conocimiento, una lucha por encontrar una definición espacial, social y cultural lo más cercana posible a la realidad de un pasado lejano al sujeto que investiga. En estas historias desarrolladas por Pilar Gonzalbo encontramos a la historiadora madura, con años de investigación, con acumulación de conocimiento y experiencia, todo este bagaje le ha señalado nuevos derroteros, nuevas rupturas.

«En cualquier caso, a menudo el paso de la intuición al estudio organizado y sistemático resulta una tarea difícil y puede necesitar siglos para hacerse realidad»².

MARÍA DE LOS ÁNGELES RODRÍGUEZ
ÁLVAREZ